

FORO DE DEBATE:

RETOS DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA EN LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

Jerónimo Martínez

Biblioteca de Andalucía

Hace ya mucho tiempo que el conjunto de las llamadas nuevas tecnologías dejó de ser un atractivo artilugio que nos permitía hacer más rápidamente y con más eficacia lo mismo que veníamos haciendo desde siempre. Cada vez va quedando más claro que el cambio en el uso de las tecnologías de la información y la comunicación nos ha modificado sustancialmente nuestra manera de vivir y relacionarnos.

La pertenencia a la sociedad de la información, a la vez que ofrece nuevas posibilidades, pone en tensión muchas parejas de elementos que son fundamentales para la biblioteca pública: tradición y modernidad, abundancia de datos disponibles y datos significativos, diversidad y normalización, información y conocimiento, y algunos más que podríamos enumerar.

Pero quizás en ninguna pareja es tan dramática la relación que se establece como en la que forman lo local y lo global. La sociedad de la información se presenta fundamentalmente como un elemento de globalización. Para la biblioteca pública, por el contrario, la referencia local es central y constituyente. Recuerden, por ejemplo, el Manifiesto de la UNESCO donde se comienza definiendo la biblioteca pública como *puerta local de acceso al conocimiento*.

Entonces, visto desde el punto de vista de lo local ¿cómo podremos conseguir que los individuos y las comunidades aprovechen las ventajas de la pertenencia activa a una cultura global sin perder por eso las características que los hacen diferentes y les proporcionan su concreta inserción en el mundo y en la historia?

Y, desde el punto de vista de lo global, ¿podremos concebir la universalidad como la presencia interactiva de lo que pertenece a cada uno de los elementos que intervienen y no como una reunión de espectros vacíos que han perdido sus raíces en la realidad concreta?

1.- Para que algo de origen local sea aceptable en el ámbito global necesitamos alterarlo

El problema se plantea porque la contribución local a un servicio de alcance global necesita someterse a una formalización que la haga aceptable en ese ámbito y esto puede llevar a su desnaturalización y, por lo tanto, a vaciar de sentido el hecho de su presencia en el ámbito global.

Pero la formalización no es nunca un puro envoltorio, externo a lo que se quiere hacer aceptable para el entorno global. Toda formalización según estándares es también una transformación del objeto original. El problema está en qué profundidad tienen que alcanzar esas transformaciones y si esa nueva imagen refleja de una forma razonable el original.

Una gran parte de las alteraciones que el objeto original sufre viene determinada por el hecho de que, en la búsqueda de una comprensión internacional de lo que queremos transmitir, hemos de exponerlo en un idioma internacional. Pero nuestro idioma no es para ninguno de nosotros algo exterior que podamos cambiar a nuestro gusto; muy al contrario, pensamos, sentimos y vivimos a través de las palabras y hemos recibido nuestra formación y nuestra tradición cultural a través, principalmente, de la palabra, con lo cual nuestro idioma es algo semejante a un océano en el que vivimos sumergidos.

Y la presentación de algo en el idioma internacional demanda que nosotros mismos u otra persona diga

con otras palabras lo que se había dicho originalmente en nuestro idioma. Pero, obviamente, una traducción exacta es imposible: siempre diremos algo parcialmente diferente y lo que más suele perderse en la traducción son los delicados matices que hacen de las palabras y las tradiciones algo íntimamente valioso para nosotros.

Además de otro idioma, utilizaremos también elementos estéticos que pertenecen al acervo global y que son un paso más en la alteración del contenido original que queríamos presentar. Por lo pronto, es posible que utilicemos un programa de ordenador con sus imágenes y diseños preestablecidos y que sea más determinante la estética que se presenta de forma habitual en la red que la original del objeto que se quiere presentar. Las posibilidades de comunicación, y especialmente Internet, han dado lugar a una estética universal utilizada por los que ponen contenidos disponibles en el ámbito global, de manera que no es fácil distinguir por su presentación una página Web elaborada en Tailandia, de otra elaborada en España o de otra elaborada en Sudáfrica.

Finalmente hay unos códigos de universal aceptación que todos los que se hacen presentes en la red utilizan, que van desde la llamada netiqueta hasta ciertas expresiones coloquiales o símbolos algo esotéricos, que, como siempre sucede con los esoterismos, hace que los que los comparten se sientan miembros de una especie de colegio invisible pero de límites bien definidos.

En definitiva, entrar en la red significa entrar a formar parte de una nueva cultura, es decir, una nueva manera de ver el mundo. Pero, los que comparten lo fundamental de una visión del mundo forman una sociedad, por lo cual entrar en la red significa entrar a formar parte de una sociedad cuyos límites no son ya geográficos, como los de la sociedad local en la que dormimos, consumimos los alimentos y pasamos frío o calor.

2.- Pero es imprescindible que, como ciudadanos de nuestra comunidad local y del mundo, intentemos aportar nuestra contribución a circuitos globales

Sin embargo, si queremos participar en la construcción de una comunidad local más humana y de un mundo más habitable, es imprescindible que asumamos los riesgos de aderezar nuestros valores locales para servirlos en redes globales.

En la vida social de los seres humanos todo está relacionado con todo lo demás. La incapacidad de una comunidad local de hacer accesibles sus valores diferenciales a los circuitos globales priva a todos los demás de disfrutar de ellos y de conocer una de las diversas maneras de ejercer la condición de seres humanos. Cada uno de los valores particulares que faltan hacen a la totalidad un poco más pobre en su conjunto. De la misma manera, la comunidad que no quiere o no puede relacionarse con las demás comunidades de su entorno y del mundo pierde una parte importante de sus posibilidades de desarrollo en todos los órdenes.

3.- Las bibliotecas, junto con otras instituciones culturales como los archivos y los museos, son un lugar adecuado para catalizar la contribución local a servicios ofrecidos a todo el mundo

Las instituciones culturales existentes, principalmente las bibliotecas públicas, deberían ser un elemento esencial en los mecanismos que las comunidades locales pongan en marcha para su participación en circuitos globales. La intervención destacada de estas instituciones garantiza la viabilidad y eficacia del proceso por varias razones y en varios aspectos.

En primer lugar, todas ellas son instituciones del patrimonio. Y, ¿qué otra cosa puede querer mostrar una comunidad local sino aquello que forma su historia, su entorno vital y su proyecto de futuro? En las

instituciones existentes está -o debería estar- todo lo que de valioso ha sido producido por la comunidad en épocas anteriores y con tecnologías anteriores a las de la sociedad de la información, y también lo que con las nuevas tecnologías y de acuerdo con las nuevas mentalidades se vaya produciendo.

Con esta radicación en las instituciones del patrimonio se evita un peligro que acecha en los cambios de paradigma, como es el que se está produciendo en nuestro paso a la sociedad de la información: se minimiza el riesgo de que perdamos algo valioso en el camino.

Permítanme recordar a un pensador que está en los albores de otro gran cambio revolucionario, en el que se formó la conciencia occidental. Me refiero al viejo Platón. Bertrand Russell dijo de él que toda la filosofía occidental podía resumirse en notas a pie de página de los escritos de Platón.

Pues bien, este gran escritor del siglo V antes de Cristo cuenta que, cuando el inventor de la escritura fue a mostrar su descubrimiento al dios Thot, éste, después de haber escuchado atentamente las explicaciones de cómo funcionaba aquello y para qué servía, le dijo que parecía una cosa útil pero que era un artefacto muy peligroso porque las personas iban a confiar en ese medio externo e iban a perder la memoria.

No voy a entrar en el largo y cuidadoso comentario que merecería esta anécdota de Platón, que, por cierto, fue discípulo de un pensador fundamental que no dejó un solo escrito, Sócrates. Baste subrayar que, a medida que avanza la tecnología, hay una mayor cantidad de herramientas externas cuyo control nos resulta más o menos complicado, y cada vez necesitamos más tiempo de aprendizaje y más mediación para expresarnos, como se ve por la sola consideración de la diferencia entre decir de forma oral unas afirmaciones, escribirlas a mano o escribirlas en un ordenador utilizando alguno de los procesadores de palabras.

La dificultad creciente en el control de los medios de expresión y de acceso al conocimiento hace que los productos culturales estén cada vez más alejados del entorno originario de cada uno de nosotros. Para conseguir una sociedad de la información para todos es preciso tener en cuenta este hecho. No hay otro camino para llegar a ser algo que partir de lo que ya se es. Una verdadera comprensión de la cultura escrita se consigue cuando entendemos su relación con nuestra tradición oral y nuestra vida de todos los días. De la misma manera, entenderemos y aprovecharemos mejor las tecnologías de la información si tenemos conciencia de lo que éstas reciben de maneras de expresión más tradicionales y de las nuevas posibilidades que se abren con ellas.

Nada como la biblioteca pública local para encontrar el verdadero rostro de una comunidad, su tradición oral y escrita, su manera de relacionarse con el campo y con el paisaje, su manera de ganarse la vida y de compartirla en la comunidad.

La biblioteca pública es además el ámbito de convivencia local que guarda con más pureza en su mismo concepto el principio de respeto a la pluralidad, base de la vida democrática. La biblioteca pública es, por definición, el lugar donde deben reflejarse y encontrar su lugar todos los contenidos culturales acordes con el marco legal y al que cualquiera puede acceder por el hecho de ser un ciudadano y no por pertenecer a un credo religioso, moral o político.

Entiendo que la utilidad que una comunidad local puede prestar a un servicio global no es una enésima repetición de lo mismo que han hecho otras comunidades locales, sino algo elaborado con los elementos específicos de su propia vida. Por consiguiente, los impulsos que llegan desde fuera, en forma de nuevas ideas o nuevas tecnologías, necesitan digerirse y elaborarse por la propia comunidad para encontrar en ellos una expresión de lo que le es característico.

Esta elaboración no puede hacerse más que en los lugares e instituciones donde se desarrolla la relación fértil de unos ciudadanos y grupos sociales con los otros, un lugar abierto y vivo como es la biblioteca pública.

4.- Pero, para prestar este servicio, las bibliotecas públicas deben transformar profundamente sus servicios

No cabe duda de que la biblioteca pública está siendo profundamente transformada al actuar como el hogar de la sociedad de la información en el ámbito local.

Han ido apareciendo en nuestras bibliotecas materiales en nuevos soportes que han resuelto viejos problemas de espacio y de conservación, por ejemplo, colecciones de prensa en CD-ROM. Otros han abierto posibilidades inéditas de acceso a la información como las enciclopedias en CD-ROM y, sobre todo, Internet.

Con los nuevos soportes han venido los nuevos equipos capaces de leerlos y las nuevas instalaciones. Los lectores de los diferentes soportes, el cableado de los edificios, antenas, y todo lo demás.

Como con las nuevas tecnologías de la información somos capaces de llegar a nuevos usuarios y de acceder a nuevas fuentes de información, hemos ampliado considerablemente los servicios que podemos ofrecer y el universo potencial de usuarios a los que podemos dirigirnos.

Esto ha dado lugar a nuevos servicios, como referencia en línea, páginas Web, calendarios culturales y web de autores, etc. Con ello, el personal de la biblioteca ha tenido que ir aprendiendo nuevas técnicas y desempeñando nuevas especialidades de consultor y guía en el acceso a los recursos electrónicos, de gestión de páginas Web, etc.

Quizás el cambio más profundo se ha producido en relación con la estructura y organización de las redes y sistemas bibliotecarios. Una biblioteca aislada, por ricos que sean sus fondos, resulta ya casi impensable. Lo que se puede llamar con propiedad 'biblioteca pública', es decir, una unidad coherente y completa de servicios de acceso a la información, es, cada vez menos una institución alojada en un edificio, y cada vez más, un conjunto de instituciones, puntos de acceso y servicios, relacionados a través de distintos medios electrónicos y no electrónicos, en definitiva, una red de servicios que tiende a ser de alcance global.

El problema, entonces, es: ¿cómo unos servicios bibliotecarios que se nutren de fuentes cada vez más lejanas pueden seguir desempeñando un papel decisivo en la vida de las comunidades locales, como lugar abierto de encuentro de todos los ciudadanos y como lugar en que la herencia recibida da frutos valiosos para el futuro?

5.- Qué sociedad de la información queremos

Quizás la clave está en que lo lejano, es decir, lo que se sirve en un ámbito global, no es algo ajeno a nuestra comunidad.

Hay dos maneras de edificar la sociedad de la información. Una consiste en dar lugar al nacimiento de una élite esparcida por todo el mundo, con un gran dominio de las técnicas de acceso y con personas muy relacionadas entre sí pero absolutamente alejadas mental y sentimentalmente de las personas y los colectivos que los rodean físicamente. Es posible que un esquema así diera lugar a un alto nivel de generación de novedades, pero las tecnologías de la información serían, en este caso, ajenas a la mayoría de las personas.

La otra alternativa es ir creando una sociedad de la información que busque entornos cada vez más amigables y más cercanos y útiles para las necesidades y demandas de la vida diaria de la mayoría de las personas. Cada persona compartiría su disfrute de las herramientas de la sociedad de la información en primer lugar con la gente que tiene más próxima y aportaría a la gente que tiene más alejada sus propias peculiaridades históricas y culturales convirtiéndose para ellos en representante genuino de la colectividad

de la que es originario.

Los impulsos circularían tanto en extensión a lo ancho del mundo como en intensidad, reforzando los lazos y las posibilidades de comunicación entre las personas que forman las comunidades de los distintos niveles.

Se trata, en definitiva, de que las posibilidades de la sociedad de la información amplíen los horizontes del mundo que nos es propio y de que entre todos construyamos un mundo más humano.

Victoriano Colodrón Denis

CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

1. El reto de las bibliotecas públicas en la sociedad de la información

Durante algún tiempo, no hace demasiados años, una de las cuestiones más debatidas en los foros y las publicaciones profesionales fue la de si las bibliotecas públicas continuarían existiendo en la sociedad de la información. Ese parecía perfilarse entonces como su principal reto: el de la mera supervivencia. Y la inquietud tomaba cuerpo en preguntas de tintes oscuros, incluso diríamos que de timbre angustiado y hasta de signo apocalíptico: ¿qué sentido podían tener estos viejos centros culturales llenos de libros cuando la gente encontraría en la Red satisfacción a todas sus necesidades y deseos de información, de educación, de cultura y de ocio? ¿Tendrían algún futuro las bibliotecas públicas al lado de la inmensa biblioteca virtual a la que sería posible acceder desde cualquier sitio y en todo momento?

Pero el desafío que debían afrontar las bibliotecas públicas no era ese en realidad, y la reflexión y el debate profesional no tardó en descubrirlo. Porque formulada de tal manera extrema, la cuestión quedaba desenfocada: no había que preguntarse si las bibliotecas públicas continuarían existiendo, sino cómo lo harían. El reto, por tanto, consistía más bien en que las bibliotecas públicas no acabaran reducidas a la condición de instituciones caducas y rancias, ajenas al curso de la modernidad y situadas al margen de las necesidades reales de la gente, y en evitar que ésta las percibiera de esa manera. Se trataba -se trata, a mi juicio- de alcanzar el máximo grado posible de utilidad social, en mantener y aumentar su naturaleza de organismos al servicio de los ciudadanos.

Bien mirado, el reto no es nuevo ni está relacionado necesariamente con las innovaciones tecnológicas ni con el fenómeno de su masiva extensión social: existía antes del boom tecnológico y seguiría existiendo si éste no se hubiera producido. La novedad del desafío reside, más que en su propia naturaleza, en la intensidad y la perentoriedad con el que se presenta, una intensidad que viene dada por la rapidez y la agudeza de los cambios de todo orden que lleva aparejado el desarrollo de la sociedad de la información. Y al mismo tiempo, conviene no dejar de tener presente que los propios avances tecnológicos que han venido a plantear nuevos retos y algún que otro problema a las bibliotecas públicas, también les proporcionan nuevos y muy potentes medios para cumplir sus misiones básicas.

Así pues, si algo deben proponerse las bibliotecas públicas en la nueva sociedad no es sino el hacer realidad en la práctica diaria su condición ideal de centros al servicio de todos los ciudadanos, de instituciones que nunca dejan de estar pendientes de su utilidad real y su impacto efectivo en la comunidad en la que se integran. No existe, por supuesto, una receta mágica que permita afrontar ese reto con garantía total de éxito, y si la hubiera no consistiría sin más en aplicar las tecnologías de la información a los procesos o a los servicios bibliotecarios. Pero también es cierto que hoy parece difícil lograr esa utilidad social sin hacer un determinado uso de las tecnologías...

El desafío principal de las bibliotecas públicas en la sociedad de la información, tal y como se ha anunciado más arriba, entraña una larga serie de retos, cometidos y tareas de distinto orden, en los que se concreta. Entre ellos destaca la necesidad de que las bibliotecas públicas intensifiquen en la sociedad de la información su calidad de instituciones democratizadoras, cuya razón de ser descansa en gran medida en su misión de contribuir a facilitar el ejercicio ciudadano del derecho de acceso a la información y el conocimiento. Pero para servir al fin de que el acceso a la información no se convierta en un factor crítico de desigualdad o incluso de exclusión social, no bastará con que las bibliotecas públicas presenten de forma más o menos fácil de utilizar una oferta amplia y variada de recursos informativos y de medios para acceder a ellos: deberán tener en cuenta que las diferencias radicales pueden empezar a darse no sólo entre quienes puedan y quienes no puedan acceder a la información, sino entre quienes cuenten con las destrezas necesarias para localizarla, interpretarla y analizarla, apropiársela, y quienes no cuenten con ellas.

También hay que resaltar el reto de que las bibliotecas públicas se conviertan de verdad en vías de acceso al conocimiento, cualquiera que sea la forma o el soporte en que esté consignado o su ubicación. Una consideración atenta de este ambicioso propósito que consiga superar el efecto hipnótico de lo que ya se ha convertido en un tópico, revelará su radicalidad y las múltiples implicaciones que sin duda tiene en la concepción y en la gestión de las bibliotecas.

Por otra parte, parece claro que uno de los retos concretos más destacados para este tipo de bibliotecas es el de conjugar la plena integración de las tecnologías de la información y la comunicación en sus tareas y servicios con el mantenimiento de sus funciones tradicionales básicas. Ello implica, por supuesto, no descuidar la calidad (en volumen, variedad, adecuación y actualización) de las colecciones de libros y otras publicaciones impresas y seguir prestando atención preferente a la gestión de los espacios, las instalaciones y los equipamientos. Pero la integración a la que se alude no ha de entenderse como la mera coexistencia, en la oferta bibliotecaria, de distintos servicios y soportes de información, sino que debe entrañar una efectiva sinergia entre ellos.

2. ¿Es pública la biblioteca pública? Algunas preguntas

El reto al que nos referimos podría cifrarse en algunas preguntas clave, que permitirían valorar el grado en que las bibliotecas públicas -cada biblioteca pública- están afrontándolo:

¿En qué medida las bibliotecas públicas -cada biblioteca pública- resultan socialmente útiles, les resultan útiles de manera efectiva a los habitantes de los barrios, los pueblos, las ciudades, las comarcas a las que sirven? ¿En qué medida contribuyen a incrementar su calidad de vida y facilitan su desarrollo personal, además de favorecer el desarrollo cultural, social y económico de su entorno?

¿En qué medida las bibliotecas públicas -cada biblioteca pública- adoptan como eje de su existencia y de su funcionamiento la comunidad a la que sirven, las personas a las que ofrecen sus servicios, y conciben sus acciones y decisiones en función de la satisfacción de las necesidades e intereses de sus destinatarios?

Es decir, ¿en qué medida las bibliotecas públicas -cada biblioteca pública- han abandonado el modelo de biblioteca pensada y articulada en función de su edificio y sus fondos (concepción patrimonialista de la biblioteca como lugar de conservación) o en función de las normas administrativas o técnicas que en ellas rigen (concepción que lleva a identificar la profesión bibliotecaria, de manera reductora, con la catalogación, y aleja a los bibliotecarios de la adecuada planificación y gestión integral de sus servicios y de la atención directa a los usuarios, y que suele implicar estilos de gestión burocráticos, dominados por la rigidez y la rutina), para adoptar como modelo el de la biblioteca pública concebida en función de... las personas?

Y cuando hablamos de habitantes o de miembros de una determinada comunidad, ¿ofrecen las bibliotecas públicas -cada biblioteca pública, una vez más- servicios para todos y no sólo para unos cuantos de ellos?, ¿se preocupan por difundir la existencia de esos servicios y se aseguran de que la oferta se conoce en todos los sectores de población, entre las personas de todas las edades, de todas las ocupaciones, de intereses distintos, de procedencias sociales y geográficas diferentes? ¿Y comprueban después que el uso real de sus servicios e instalaciones no sigue masivamente monopolizado por una minoría...?

O también (utilizando el lema del ciclo de conferencias anual de la Asociación Valenciana de Especialistas en Información): ¿Es pública la biblioteca pública?

3. Para afrontar los retos

Para que las bibliotecas públicas puedan afrontar los retos y superar los obstáculos que les plantean los nuevos fenómenos sociales, y para que desempeñen un papel relevante en esa emergente sociedad de la información, deberán actuar con una estrategia clara y bien definida e identificar con precisión las acciones que más les interesa emprender, los instrumentos y recursos que deben utilizar o explotar de manera preferente y los elementos y los principios que les confieren su principal fortaleza, y que habrán de aprovechar al máximo.

Entre ellos, es imprescindible en primer lugar una visión precisa de la biblioteca pública en el nuevo entorno, y la definición de estrategias específicas para su implantación y desarrollo. La imprecisión o la vaguedad de funciones y objetivos, y la inercia del día a día como método de gestión no ayudarán ciertamente a que las bibliotecas públicas tengan éxito a la hora de afrontar los retos apuntados.

Las bibliotecas públicas también deberán empeñarse en una efectiva y continua interacción con el medio; en el conocimiento cabal de sus características, sus inquietudes, sus carencias, sus modificaciones; en la identificación atinada de los intereses y las necesidades de sus habitantes, de sus hábitos informativos y culturales, de sus expectativas y los recursos con los que cuentan para satisfacerlas; en la colaboración con sus agentes clave, con los representantes de sus distintos sectores o colectivos; en la intervención activa en la vida de la comunidad, de la que no debe quedar al margen.

Otro de los principios en los que convendría que las bibliotecas públicas asentaran su trabajo en la sociedad de la información es el de la calidad y el valor añadido. Los ciudadanos demandan calidad de los servicios públicos. Para contribuir a aumentar su calidad de vida, las bibliotecas deben brindar servicios de alta calidad. En muchas ocasiones, esa búsqueda de la calidad podrá recurrir a la reflexión sobre el valor añadido que la biblioteca pueda aportar a su oferta. Porque a lo que se da también en otros servicios, a lo que se consigue de otras maneras, la biblioteca pública tal vez pueda darlo mejor, enriquecido, complementado, es decir, con un valor, una utilidad, un interés acrecentados.

La cooperación es sin duda otra de las herramientas clave de las bibliotecas públicas a la hora de afrontar los retos de la sociedad de la información. No estará de más precisar que la cooperación que necesitan las bibliotecas públicas, la que tiene un potencial insospechado para muchos, no se reduce al intercambio esporádico de información o a la colaboración coyuntural por iniciativa personal de los bibliotecarios, ni consiste tan sólo en recibir de vez en cuando del correspondiente órgano coordinador alguna pauta, unos libros, tal vez una oportunidad de formación. La cooperación necesaria es una colaboración estable y sistemática, planificada y organizada, en la que todas las bibliotecas pueden aportar al desarrollo de proyectos conjuntos.

Pero tal vez el recurso esencial más importante para las bibliotecas públicas a la hora de abordar nuevas realidades e incluso a la hora de poner en juego otros recursos y utilizar otros instrumentos, es el de su personal. De modo que uno de sus esfuerzos estratégicos prioritarios debería ir encaminado a la renovación

del perfil profesional de quienes trabajan en ellas (alguien ha hablado incluso de la necesaria *revolución mental de los bibliotecarios*), mediante la extensión de nuevas aptitudes, conocimientos y destrezas, por una parte, y también de nuevas actitudes y comportamientos. Sin ellas (sin la conciencia clara -y su traducción continua en la práctica- de que la biblioteca pública está al servicio de los ciudadanos, sin cierto sentido de la anticipación, sin determinada dosis de creatividad, sin un talante activo y dinámico, sin una importante vocación y disposición comunicativa, sin la capacidad personal para experimentar algún tipo de satisfacción cuando se percibe la utilidad de un servicio...), sin ellas no puede haber bibliotecas abiertas, integradas en la comunidad, atentas a los cambios y capaces de adelantarse a ellos o reaccionar cuando se producen, vigilantes de su utilidad real.

¿Puede no citarse en el capítulo de los recursos vitales para las bibliotecas públicas en la sociedad de la información... el dinero, el apoyo decidido de las administraciones correspondientes, concretado en presupuestos dignos? En mi opinión, sí, es decir, puede no citarse, aunque sólo sea por dos motivos: primero, porque entre dos bibliotecas en similares condiciones de escasez y precariedad, las diferencias pueden resultar abismales sólo por la inteligente aplicación de determinados principios (y sobre todo por las distintas actitudes profesionales de quienes trabajan en ellas); y segundo, porque en muchas ocasiones la mejor manera de conseguir asignaciones presupuestarias crecientes (que normalmente no se regalan) es precisamente trabajando con ese talante dinámico, implicándose en la vida de la comunidad, participando en iniciativas de cooperación, innovando, empeñándose en la búsqueda de la calidad, no resignándose a que lo público se identifique con lo mediocre...

4. Y en España...

De acuerdo con cuanto hasta aquí se ha dicho, en mi opinión el principal reto de las bibliotecas públicas españolas no es tanto el de integrarse en la sociedad de la información, sino el de integrarse en la sociedad, sin más. Claro que esta segunda propuesta abarca a la primera.

En España, el reto de las bibliotecas públicas no es sólo, por ejemplo, prestar un servicio de acceso a Internet de calidad, contribuir a la alfabetización digital de la población, trabajar para que no se beneficien de la sociedad de la información sólo quienes puedan pagársela o quienes cuenten con la formación necesaria para moverse por ella, conseguir una presencia adecuada en la red, ponerse al servicio de quienes estudian a distancia por medios telemáticos...

En general, el reto de las bibliotecas públicas españolas en la sociedad de la información es también -sigue siendo- contar con unos horarios de apertura lo más amplios posibles, no aceptando como hecho incuestionable que no han de abrir los sábados por la tarde, los domingos y los festivos, o hasta más allá de las ocho y media o nueve los días laborales, o que su horario ha de coincidir con el horario laboral de los vecinos.

En general, el reto es también que no se inauguren bibliotecas públicas recién construidas de dimensiones ridículamente exiguas, que no es que vayan a quedarse pequeñas al cabo de unos pocos años, sino que ya de entrada incumplen las orientaciones más modestas al respecto teniendo en cuenta la población a la que deben dar servicio.

En general, el reto es también no olvidarse de las poblaciones que por el número o la dispersión de sus habitantes no pueden permitirse mantener una infraestructura bibliotecaria fija, y recordar que existen soluciones sobre ruedas...; ni dejar de lado a los nuevos vecinos de lenguas exóticas o procedencias lejanas; ni pensar que por no impedirle a nadie la entrada a la biblioteca, ya se está atendiendo a toda la población, sin exclusiones.

En general, el reto es también que las bibliotecas públicas no sacralicen las viejas normas y prácticas

(tan venerables algunas, tan absurdas otras) y se atreven a plantearse, por ejemplo, por qué no han de prestar las revistas (de acuerdo: aunque sólo sea los números atrasados y el plazo de devolución sea más pequeño que el de los libros); por qué los estudiantes han de tener secuestradas todas las salas e imponer en ellas la dictadura antipática de su silencio; por qué no se puede renovar un préstamo desde casa, llamando por teléfono, no ya a través de Internet; por qué rellenar una desiderata es a veces como echar una botella al mar de los naufragios; por qué no se puede tratar a los usuarios como personas adultas a cuyo servicio se trabaja, y no como a importunos y molestos caprichosos a quienes se condesciende a hacer un favor...

En general, el reto es también que las bibliotecas públicas, y los bibliotecarios, comprendan que su responsabilidad en el campo de la información y la cultura requiere de ellos un respeto escrupuloso -e incluso una promoción activa- de los derechos de propiedad intelectual de autores y editores, y que pueden y deben cumplir su misión sin vulnerarlos.

En general, el reto es también que las bibliotecas públicas, sobre todo las más pequeñas, no se vean aisladas, que se sientan efectivamente partícipes e integrantes de redes o sistemas bibliotecarios a cuyo desarrollo puedan contribuir activamente, más allá de su adscripción meramente nominal a redes que sólo existen en el texto de las disposiciones oficiales que establecen su creación.

En general, el reto es que no empiecen a cristalizar diferencias enormes entre la calidad de los servicios bibliotecarios que reciben los habitantes de unas y otras localidades, provincias o regiones.

En general, el reto es también que las comunidades autónomas que en los últimos quince o veinte años han desperdiciado un tiempo precioso para el desarrollo de las bibliotecas públicas de sus territorios (y no sólo de las que gestionan directamente), y las que no se deciden todavía a dejar de desperdiciarlo, lo recuperen rápidamente, afrontando sus responsabilidades con compromisos políticos y presupuestarios firmes y una orientación profesional atinada. Y el reto es también que los ayuntamientos asuman que son los principales responsables de estos servicios bibliotecarios y no esperen que les den todo hecho, que comprendan el beneficio social (y hasta el rédito electoral) que pueden aportar bibliotecas públicas modernas, eficaces, dignas, y les asignen la prioridad adecuada en sus planes de inversiones, no escatimándoles los esfuerzos y los recursos que a veces destinan con tanta generosidad a otros propósitos...

En general, el reto es también que los bibliotecarios abandonen la cultura de la queja o de la rutina, de la burocracia o el tecnicismo estéril, y, entre otras cosas, dejen de identificar ellos mismos a la biblioteca pública sólo con la lectura o con el público infantil y juvenil, para, sin abandonar esas esferas de acción, no cerrarse a otras posibilidades. Y el reto es también averiguar por qué muchos jóvenes licenciados en biblioteconomía y documentación rehúyen las prácticas o la salida profesional en las bibliotecas públicas, que identifican con un trabajo consistente en largas horas de mostrador *haciendo préstamo*, frente al atractivo brillo que para ellos tienen los centros de documentación, es decir, el análisis documental, los ordenadores, las bases de datos, Internet.

Hay que ser consciente del intenso proceso de modernización y desarrollo que, en los últimos quince o veinte años, han experimentado las bibliotecas públicas españolas en conjunto, por lo que de las líneas anteriores no debe deducirse una visión totalmente negativa del panorama ni una ceguera -que sería injustificada- ante las mejoras indudables y ante los niveles de calidad y de excelencia que han alcanzado en España algunas bibliotecas y algunas redes bibliotecarias, guiadas por magníficos profesionales. Sin embargo, los progresos, en general, aunque muy grandes, no han sido suficientes, y no han seguido el mismo ritmo que el de otros servicios públicos, y las carencias nos alejan en exceso de otros países europeos.

De ahí que, a mi juicio, operaciones encaminadas a introducir a las bibliotecas públicas españolas en la sociedad de la información que confiaran su pretendida modernización sólo al uso masivo de las tecnologías, sin abordar también los retos aquí apuntados y otros de la misma importancia, obtendrían sólo resultados superficiales en relación con los verdaderos retos y misiones de estos servicios bibliotecarios.

Manuel Sanromà

CAT365 - Administració Oberta de Catalunya

Dice el proverbio latino aquello de “excusatio non petita, accusatio manifesta” y en este caso se aplica perfectamente: no soy profesional de la Biblioteconomía y por otra parte creo que difícilmente pueden encontrarse “especialistas en Sociedad de la Información” dado lo revolucionario y novedoso de este ámbito (y en caso de haberlos yo no soy uno de ellos). Debiendo pues pergeñar una excusa sobre cómo me atrevo a opinar sobre los retos de la biblioteca pública en esta nueva Sociedad hacia la que parecemos dirigirnos, sólo se me ocurren un conjunto de atenuantes que, todos ellos sumados, quizás constituyan esa excusa no pedida. Además de ser un amante de los libros y un ciudadano preocupado por el destino de sus impuestos (que en particular considera excelentemente destinados cuando van a las bibliotecas públicas) mi implicación durante los últimos diez años en la aplicación social de Internet me ha llevado a colaborar con una de las primeras bibliotecas de España que introdujo Internet en su actividad pública, a saber la de Tarragona, la ciudad donde pusimos en marcha en 1995 la Red Ciudadana TINET.

Con este limitado bagaje me atreveré, porque atrevida es la ignorancia, a bosquejar por qué y cómo creo que las bibliotecas públicas deberían ser actores principales en el desarrollo de la Sociedad de la Información allá donde estén radicadas

La brecha digital

Entre las tecnologías de la Información y la Comunicación, y sin tener en cuenta el propio lenguaje, la escritura y el alfabeto, seguramente la de mayor impacto en tiempos históricos es precisamente la más antigua, la Imprenta; recordemos aquello de que lo que sabemos lo sabemos por los libros. Otras tecnologías más modernas, como el teléfono, la radio o la televisión han tenido un gran impacto social, pero mientras que la socialización de la Imprenta generó la necesidad de la alfabetización generalizada para evitar desigualdades en la Sociedad Industrial, difícilmente hemos oído hablar de analfabetos telefónicos/radio/televisivos ya que estas tecnologías han tenido un impacto más limitado en el ámbito de la formación de las personas.

No parece que vaya a ser así con las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación. Además del hecho significativo de que Internet integra fácilmente a todas estas tecnologías (pasadas, presentes y potencialmente futuras), pocos dudan del papel importante que juegan y jugarán los ordenadores y las redes en cualquier actividad humana. Gobiernos, empresas y personas se aprestan a prepararse para abordar unos efectos sobre nuestra sociedad que muchos no dudan en comparar, como mínimo, con el revolucionario papel que ha jugado la Imprenta. Las posibles desigualdades que pueden abrirse con la socialización de estas tecnologías (la llamada brecha digital) son objeto de debate desde diversas aproximaciones.

Nuevos derechos, nuevas necesidades

En las sociedades avanzadas la educación, la salud, la cultura e incluso el ocio se han convertido en derechos asumidos y no discutidos. Para asegurar estos derechos han nacido a lo largo del tiempo la escuela pública, el hospital público, la biblioteca pública o el pabellón deportivo público, para poner solamente unos ejemplos instrumentales de los sistemas de educación y salud públicas, o de los servicios culturales y deportivos; señalemos que además estos sistemas conviven y se complementan perfectamente con los sistemas privados de colegios y hospitales y de oferta cultural y de ocio (en el caso de las bibliotecas públicas no es nada extraño que en sus cercanías encontremos un elevado número de librerías...). Con la información hasta el momento no ha sucedido lo mismo. Si bien el *derecho a la información* ya se ha ido

introduciendo en los últimos tiempos en los discursos políticos de los diferentes gobiernos, en la práctica se trata a la información como una mercancía y se deja en manos del mercado

Esto se plasma, en términos concretos, en el desarrollo de las infraestructuras de comunicaciones. La sociedad ve de la forma más natural que los impuestos, el mecanismo de redistribución de la riqueza que permite asegurar los derechos públicos, se utilicen para edificar colegios, hospitales y bibliotecas públicas o para construir carreteras, trenes de alta velocidad o aeropuertos que aseguren las comunicaciones *físicas*; en cambio parece que las infraestructuras que han de permitir el acceso a la información y la comunicación sean coto reservado al sector privado. Cuando estas infraestructuras se despliegan en zonas de previsible rentabilidad, se produce una inflación de las mismas; en cambio aquellas no llegan a zonas donde la rentabilidad no esta asegurada. Todo ello provoca disfunciones y tensiones que en último término perjudican al progreso; ante este panorama muchos gobiernos y administraciones se muestran desorientados o inoperantes. No estamos diciendo que sean empresas públicas quienes deban desplegar y/o gestionar estas infraestructuras; muchos de los actuales servicios públicos los prestan empresas privadas. Pero siendo Internet una red que se gestó con contribuciones públicas y con el trabajo desinteresado de muchos pioneros que aportaron su ingenio y su trabajo, parece razonable que la Red sea un espacio tan público y protegido como los espacios naturales que hoy son considerados patrimonio social. Y nos permitimos añadir que al igual que los espacios naturales, aun siendo patrimonio de todos, tienen unas características y especificidades locales, también debe contemplarse el crecimiento de la Red en clave local.

Pensar globalmente, actuar localmente

Son pocos los gobiernos que no se han planteado programas para evitar esta brecha digital. En muchas ocasiones estos programas se limitan a poco más que a un programa de *alfabetización digital* (así llamado explícitamente en ocasiones). La analogía nace con lo que ha ocurrido en la Era Industrial, donde se ha tenido muy claro, al menos durante el pasado siglo, que el analfabetismo literario era un factor de discriminación social que había que erradicar. Cuando la anterior gran tecnología de la Información (la Imprenta) se socializó, se hizo evidente que saber leer y escribir era una necesidad básica que los poderes públicos debían ayudar a cubrir. Ahora con la aparición de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTIC) y su socialización parece que cabe una acción similar.

Pero si bien es cierto que los poderes públicos deben actuar nuevamente para asegurar nuevas necesidades básicas de la población, la *alfabetización digital* no puede quedarse simplemente en cursos de introducción a la Informática y/o a Internet: enseñar a manejar el ordenador y/o Internet (el teléfono móvil parece ser una tecnología más integrada en el día a día de las personas) es necesario pero no suficiente. Hacer sólo esto es como enseñar como funciona y como se coge una pluma, un lápiz o un bolígrafo pero no enseñar el alfabeto y posteriormente la ortografía y la gramática. Lo más importante de Internet y de las NTIC en general, no es el hecho instrumental en sí mismo sino las posibilidades prácticamente ilimitadas que abre. En particular el World Wide Web es un inmenso almacén de información de todo tipo y de los orígenes más variados. Los buscadores y las técnicas de búsqueda son otro recurso instrumental básico a introducir (nuevamente necesario, pero no suficiente); y podemos asegurar por nuestra experiencia, a fecha de hoy 2002, que la capacidad de búsqueda de información (el verdadero *alfabetismo* básico) es todavía muy reducida incluso en ámbitos de usuarios ya avezados en el uso del ordenador personal y de Internet

Porque los instrumentos (las técnicas) solo son una parte del proceso de *alfabetización digital*. Hoy más que nunca, inmersos en un alud de información, accesible a través de Internet pero que también nos llega desde cualquier ámbito multimediático, es necesaria la educación en el espíritu crítico. En este sentido son iluminadoras unas palabras del profesor Vinton Cerf, considerado como uno de los padres de Internet por su invención del protocolo IP (base de la comunicación por Internet) y galardonado con el Premio Príncipe de Asturias 2002:

El poder de Internet es una espada de doble filo. Puede ser, con la misma facilidad y potencia con que hace llegar la información, el canal de la desinformación o de la información aparentemente erudita pero falsa. La profundidad y la banalidad conviven codo a codo en el universo electrónico de Internet. ¿Qué es lo que hay que hacer? No existen filtros electrónicos que separen la verdad de la ficción. No existe un “chip del conocimiento” que separe el grano de la paja. Sólo existe una herramienta para hacer esto: el pensamiento crítico. Evidentemente esto también se aplica a cualquier otro medio de comunicación. Seguramente lo que pasa con el World Wide Web es que esta realidad es puesta más de manifiesto que en otros medios. Y este contraste entre lo valioso y lo fútil, conviviendo en el mismo medio, debe hacernos reflexionar. Se nos presenta una gran oportunidad para educar y para educarnos. Debemos reflexionar profundamente sobre todo aquello que vemos y oímos. Debemos aprender a evaluar y a seleccionar. Hemos de elegir nuestras referencias. Qué mejor lección que ésta para enseñarles a nuestros jóvenes a prepararse para una época llena de cambios sociales, económicos y tecnológicos.

Por otra parte, al igual que sucede en el terreno de la educación/formación, la creación de infraestructuras públicas de acceso a la Red es una condición necesaria pero no suficiente. En primer lugar hay que tener en cuenta que todavía son previsibles desarrollos significativos (e incluso inesperados) en el campo de las NTIC; como muestra valen dos botones: el inesperado *boom* de Internet y la telefonía móvil. Así pues, la creación de puntos públicos de acceso con unos cuantos ordenadores y una conexión más o menos rápida a la Red, siendo necesaria, podría resultar insuficiente, al igual que los primeros teleclubs que desaparecieron rápidamente con la conversión masiva de la televisión en elemento de consumo generalizado. Debería pensarse más bien en Centros Públicos de Tecnología (CPT), donde la población pudiese tener acceso a las NTIC del mismo modo que en una biblioteca pública se tiene acceso a las novedades editoriales y audiovisuales; poco sentido tendría una biblioteca que no fuese actualizando sus fondos.

Estos CPT no pueden plantearse *de arriba abajo* cual *franquicias* de un modelo único; en cada lugar deben adaptarse a las peculiaridades de la sociedad local. Para que las NTIC se introdujesen en clave local y por lo tanto adoptasen un carácter más humano que tecnológico debería contarse con las *fuerzas vivas* locales: en ocasiones será el Ayuntamiento, en otras puede ser la Escuela, en otras una activa y emblemática Entidad Local, o una participación consorciada de estos y otros actores. Lo que parece evidente es que donde exista, la biblioteca pública debe ser protagonista.

De la Biblioteca a la Infoteca: un camino abierto

En realidad creemos que el ejemplo de la biblioteca pública es paradigmático y que estas infraestructuras de la Era Industrial podrían evolucionar perfectamente, o al menos ser una base sobre la cual desplegar estos CPT's; en cualquier caso, la analogía entre biblioteca pública - Imprenta y CPT - NTIC nos parece evidente. En realidad las bibliotecas ya iniciaron el camino hace muchos años convirtiéndose en Mediatecas: hoy los libros siguen siendo los más ilustres protagonistas en estos espacios públicos que llevan su nombre, pero ya es habitual también encontrar en ellos no sólo periódicos y revistas, sino también discos, videos, DVD's e incluso juegos tanto analógicos como digitales. Por otra parte una actividad habitual en las bibliotecas es no sólo la información (algunas cumplen espléndidamente la labor de Centros de Información Local) sino también la formación. ¿Por qué no utilizar esta extraordinaria herramienta que tan bien ha sabido acoplarse a los nuevos medios de transmisión de la Información para convertirla, también, en Centro de divulgación de las NTIC?

Estos CPT deberían tener unas infraestructuras técnicas y humanas básicamente financiadas con recursos públicos, mientras que en su dotación tecnológica podrían participar perfectamente aquellas empresas que comercializan los instrumentos y servicios de las NTIC, en la medida que aquellas están interesadas en la socialización (comercialización en este caso) de las NTIC. Y al igual que después de grandes debates (que los hubo) se vio claramente que las bibliotecas públicas no competían sino que eran más bien aliados

La biblioteca pública y las redes de información

Foro de Debate: Retos de la biblioteca pública en la sociedad de la información

de la industria editorial, los CPT, como escaparates públicos que facilitarían el acceso de la población a las NTIC, también facilitarían la acción del mercado. También, en perfecta analogía con las bibliotecas públicas (y nunca mejor esta analogía si están integrados en ellas), los poderes públicos locales (ayuntamientos y en general la comunidad local) deberían tener un papel protagonista en estos CPT's pues tal como hemos venido diciendo la socialización de la NTIC debe hacerse en clave local.

Los gobiernos centrales deben destinar recursos públicos a los CPT y a programas de alfabetización en NTIC, pero estos recursos deben gestionarse localmente, implicando a los actores locales tanto públicos como privados; solamente así se hará un uso racional de aquellos recursos y se avanzará en el objetivo de que las NTIC sean un factor de reequilibrio y de igualdad de oportunidades y no un simple elemento de consumo.

Las bibliotecas públicas, centros culturales de primera magnitud y en muchas ocasiones dinamizadores de la vida cultural local, tienen un futuro lleno de oportunidades en la nueva Sociedad de la Información. Y permítaseme acabar diciendo que no solamente cabe esperar de los poderes públicos una acción en el sentido propuesto. La actuación local de los bibliotecarios, profesionales formados en y para la Sociedad de la Información, debe en gran medida ir encaminada a movilizar a la comunidad local para conseguir no solamente que los dineros públicos contribuyan a la potenciación de las Bibliotecas como Infotecas, sino también conseguir que el tejido social local (con las empresas a la cabeza) se implique en este proceso. Como decía John Lennon *you may say I am dreamer, but I am not the only one*.